

**DISCURSO DE LA PROFESORA ALMA HOSPITALÉ
CON MOTIVO DE SU INGRESO A LA
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS.
Pronunciado el 25 de junio de 1997.**

I

Agradezco con emoción las palabras previas referidas a mi persona y a mi trayectoria, las que han sido expresadas con generosa valoración. Más allá de mis sentimientos, al acceder a esta dignidad plena de compromisos y responsabilidades, tengo, no obstante, cabal sentido de su significación.

Para quien de niña jugaba, lejos de Montevideo, dictando clases a las plantas del jardín de su casa con docente desalíneo, para quien la meta de su carrera ha sido la entrega de su vocación, esta designación luego de treinta años de actividad es, igualmente, inmerecido premio al considerar el valor intelectual de las personas que han integrado y que integran esta corporación que hoy me recibe en su seno, comprometiéndose y comprometiéndome.

En este largo camino docente transitado (sustentado por el apoyo de los míos y el de amigos y colegas queridos con quienes compartí y comparto horas de estudio), he procurado agregar a mi vocación el trabajo constante. Y realizando una mirada retrospectiva necesito volverme a esa senda y decir en este momento que me siento feliz, afortunada y agradecida por un cúmulo de motivos.

En primer lugar, por haber podido realizar esta vocación, porque si volviera a nacer, volvería a ser docente.

Afortunada, porque para ejercerla libre y plenamente he gozado del privilegio de tener un esposo y un hijo en los que, sin mezquindad, primó el estímulo a mi carrera, el apoyo a mi labor, aun cuando este estímulo constantemente se alimenta de sus tiempos.

Feliz porque sé que felices se sentirán mis padres y los seres queridos que ya no están pero que siento aquí, junto a mí.

Porque sé que también felices familiares y amigos queridos, hoy presentes, a quienes he sentido muy cercanos a esta trayectoria. Ellos me han estimulado, en algunas ocasiones con su palabra, en otras con su silencio pero siempre con su afecto.

Afortunada soy, y mucho, por haber podido cumplir mi vocación desde diferentes ámbitos, todos ellos enriquecedores.

El aula de Secundaria, mi primera experiencia docente, tanto en liceos socialmente favorecidos como carenciados, me enseñó a sentir y a valorar a mis alumnos en primera instancia como seres individuales e irrepitibles, me enseñó a través de una difícil tarea a bucear en sus días cargados de diferentes vivencias para poder luego tender el puente que me permitiera, desde la afectividad y el respeto mutuo, llegar a la ponderación de la importancia de la lengua como instrumento de acceso a todos los saberes.

Afortunada por haber podido proyectarme, desde la dirección de un pequeño liceo de una “ciudad dormitorio”, en el que fui testigo de las esperanzas y angustias de padres trabajadores que bregaban por un mejor mañana para sus hijos; en el que sentí en mi piel y en mi corazón los tempranos dramas que truncan el devenir de algunos seres, productos de sus entornos familiares y económicos; en el que palpé fuertemente la necesidad de objetivos comunes, de un trabajo coordinado para poder descubrir el potencial de aquellos adolescentes, y al hacerlo, buscar andariveles para ayudarlos a construir sus aprendizajes, abriendo, por medio de una adecuada enseñanza, un espacio que permitiera optimizar su desarrollo.

Fue muy duro ir construyendo estos espacios en los que los docentes de aquel liceo dejaron parte de su tiempo libre, parte del tiempo de los suyos, pero en los que primó en los más, y también por efecto de su vocación, el apoyo incondicional para apuntalar a los alumnos, para asumir sus realidades y persistir luego en una tarea inacabable en pos de alcanzar la luz que sin duda allí estaba, y está, detrás del manto oscuro que muchas veces parece cubrirla.

Fui también afortunada porque como inspectora de mi especialidad pude obtener una amplia visión de la enseñanza de la lengua materna en nuestro país y pude apreciar las diferentes realidades que a lo largo y a lo ancho de él, enfrentan los docentes. Pero, sobre todo, porque vi y palpé la sacrificada labor de quienes, con formación en la disciplina o sin ella, realizan su tarea reclamando recibir la orientación, la guía actualizada, los cursos o la bibliografía que podrán ser soporte de su labor, más allá de las circunstancias adversas que viven en el desenvolvimiento de su gestión.

Siento que éste es un momento propicio para enaltecer a los docentes, en cierto modo para compartir con mis colegas esta distinción que como tal recibo, y para agradecerles el diálogo abierto que hemos mantenido, a través del cual me enriquecí y me enriquezco. La inspección me brindó testimonio de cálida recepción por parte de mis profesores, quienes me hicieron sentir orientadora y no fiscalizadora. Ese pre-

mio, ese reconocimiento de mis pares, es y seguirá siendo uno de mis más preciados tesoros.

Experimento felicidad por haber ejercido la docencia en aulas donde se formaban docentes, por continuar hoy compartiendo mi trabajo con futuro docente de los centros regionales, porque siento que son, al decir de Rodó, “terrenos generosos donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en poco tiempo, el fruto de una inmortal vegetación”.

Me siento agradecida a quienes fueron mis maestras y profesores, porque me enseñaron, conjuntamente con mi familia, el camino de los valores. No puedo dejar de recordar y agradecer a mis profesores del Instituto de Estudios Superiores, los cuales incentivaron mi vocación, favoreciendo también, mi formación. Hoy, en otra etapa de mi vida, agradezco a quienes, desde sus sitials de autoridades de la educación me otorgaron su confianza, me apoyan y estimulan en la comprometida labor de la Secretaría Docente, constituyéndose en incentivos constantes para la superación de mi diaria tarea.

Todos, al vivir, pasamos por trances difíciles, y tenemos pérdidas irreparables. Yo no soy una excepción, pero esta carrera docente ha sido y continúa siendo la tabla de salvación que me permite salir a flote en los momentos duros de mi vida. Mi aporte en la trayectoria de lo hecho nutrirá, por tanto y sin duda, todo cuanto aún me corresponda realizar junto a mis colegas académicos y complacida acepto esta significativa convocatoria, ya que los cargos se aceptan si se sienten con la debida responsabilidad ética de proyectarse.

Alguien muy cercano a mi siempre sostuvo (y así lo registró en sus textos) que “las ansias de los seres dinámicos se nutren siempre de una inquietud más”, y últimamente, festejando sus tres décadas de actividad expresó: “30 años... es un tiempo, pero no es más que un intento...”

Consustanciada con ambos contenidos, siento la inquietud de volcarme a esta nueva causa que abrazaré desde la Academia, sin renunciar al hilo conductor por el que en el presente ejecuto mis obligaciones cotidianas, puesto que él se hermana con los objetivos de esta corporación que hoy me honra al integrarme a ella como miembro de Número, ocupando un sillón cargado de glorias.

II

“El presente es un tiempo donde se universalizan todos los tiempos del hombre”. Somos hoy producto de quienes nos precedieron, del medio social, del entorno cultural y de nuestras propias siembras. Somos, igualmente, un universo de sentimientos y así debemos reconocerlo.

De algún modo somos un medio por el que se expresa y se retroalimenta todo lo discernir individual y colectivo. Y no sería justo ni digno evitar esta referencia parano caer en el fácil halago de creer que los méritos sólo pertenecen a quienes somos (por contingencias generosas de otros seres) centro de un reconocimiento.

Es por ello que, constituye para mí un honor ocupar el sillón que lleva el nombre de Francisco Bauzá, insigne figura de nuestra cultura, cuya amplia labor como estadista, pedagogo, ensayista e historiador, respondió “al pensamiento cardinal de consolidar el destino de la nacionalidad uruguaya”.

Deseo también referirme a quienes me precedieron en este sillón, personalidades todas que han despertado en mí, especial admiración:

Juana de Ibarbourou, la poetisa que, al decir de Miguel de Unamuno habló “con una voz que no se oía desde hacia siglos en la poesía española femenina”, la que, como señalara Jorge Arbeleche, “construyó toda su poesía, la de la juventud y la del ocaso sobre el eje del amor. Amor al mundo, amor al hombre, amor a la existencia toda, en una actitud de sacralidad que une lo humano y lo divino”.

Esther de Cáceres, una de las voces místicas más singulares de nuestro país, cuya obra poética surge cuando la urgencia de la comunicación se da en todos los órdenes culturales y en quien una vitalidad muy especial, evidenciada desde **Las islas extrañas** hasta **Tiempo y abismo**, se proyecta, desde su época, a las posteriores.

Nieves Aragnuet de Larrobla, profesora e inspectora de Idioma Español, coautora, con el destacado lingüista Luis Juan Piccardo, de los libros de texto, destinados a la asignatura, más difundidos y unánimemente ponderados por sus valores científicos y didácticos. Impulsora, desde la cátedra y desde la Inspección, de la nueva metodología de la enseñanza de la lengua materna, que llevó al Uruguay a un puesto de vanguardismo dentro de la docencia del mundo hispánico.

Myrtha Páez Penela, docente de idioma español, profesora de didáctica del Instituto de Profesores “Artigas”, investigadora, dedicada a la docencia durante 35 años de su vida.

Myrtha Páez fue y es, una amiga querida. Al referirme a ella la emoción casi apaga mi voz porque este sillón debería, hoy, estar ocupado por su figura inolvidable. Sin duda fue llamada para superiores designios y este espacio será difícil de colmar con aquellos valores que la enriquecieron.

En Myrtha conocimos a la persona *leal* para con sus vínculos, *prudente* para guardar celosamente lo que se le confiaba; *generosa* para acompañar alegrías y penas, para brindarse como profesional ofrecien-

do su saber sin mezquindad, *generosa* para propiciar el crecimiento de sus colegas y alumnos.

Disfrutamos del *humor* de Myrtha en momentos de estudio y de recreo. Disfrutamos de la viveza de sus ojos que emanaban calidez. Disfrutamos de su *capacidad* y de su *sensibilidad* para desentrañar la profundidad y el sentido de las palabras de todos aquellos textos que acompañaron su vida.

Myrtha eligió qué vida vivir y en esta elección primaron su *abnegación* y su *fuerza interior*, que, cual red nutrida de amor, de contacto y de respeto, sostuvo y compartió con sus familiares y amigos.

Fue fugaz el pasaje de la académica Myrtha Páez por esta institución, pero no fue fugaz su mensaje de dedicación a nuestra lengua materna, mensaje que recojo desde este sillón y que procuraré desplegar, teniendo presentes los objetivos académicos que llegó a perfilar desde la presidencia de la Comisión de Gramática.

Asumo, por tanto, Myrtha, en este momento tan significativo para mí, este fuerte compromiso académico y de amistad, ante quienes fueron tu familia, tus colegas, tus alumnos, tus amigos.

III

El tema que he elegido para mi intervención en este acto emerge de lo expresado anteriormente y surge como interrogante, aunque apuesto a su respuesta positiva. Por ello lo he titulado:

Lengua Materna, ¿Un camino hacia logros individuales y sociales?

Eduardo Galeano, en su “Celebración a la voz humana” nos relata: “Los indios shuar, los jíbaros, cortan la cabeza del vencido. La cortan y la reducen, hasta que cabe en un puño, para que el vencido no resucite. Pero el vencido no está del todo vencido hasta que le cierran la boca. Por eso le cosen los labios con una fibra que jamás se pudre.”

Este significativo texto nos anima a reflexionar acerca del poder de la palabra, del poder de la comunicación.

Esa comunicación que entre los individuos se presenta y se ve cruzada por la posición que desempeñan en la estructura social. Esta posición forma parte no sólo de un proceso de socialización sino también de algo que antecede a la propia comunicación: su ubicación, porque siem-

pre que se habla se lo hace desde algún lugar, siempre se está en una posición antes de hablar. La ubicación del sujeto en la comunicación es una ubicación en principios dominantes (privilegiados) o dominados (no privilegiados).

La facultad y actividad humana de comunicarse a través de un sistema de signos sémicos, es el lenguaje. Este es, asimismo, el distintivo fundamental del hombre. “El hombre es lenguaje.” En él se vuelca y configura todo su ser por medio de él se llega a conocer la psiquis humana. El lenguaje es un imperativo que nace de la sociabilidad de nuestra naturaleza y este imperativo, genera la necesidad de determinar qué consecuencia tiene el manejo de los códigos lingüísticos en el proceso de socialización de los individuos, así como qué relaciones se establecen entre las clases sociales, el habla y las posibilidades de cambio social.

Uno de los objetivos de nuestra educación es enseñar a usar la lengua materna porque “saber una lengua, es saber usarla”. Enseñar a nuestros alumnos a usar adecuadamente su lengua, es darles poder. Para guiar hacia la adquisición de ese poder, hacia la adquisición de la competencia comunicativa, mencionada por el etnógrafo Hymes, se vuelve prioritario investigar los contextos en los que está inmerso ese alumno. Contextos sociales, familiares y educativos, los cuales constantemente interactúan.

Para los etnógrafos de la comunicación, la competencia comunicativa es un conjunto de normas que se van adquiriendo a lo largo del proceso de socialización y, por lo tanto, están socialmente condicionadas. Como señalan Lomas y Tusón “a medida que nos vamos relacionando con diversas personas, en contextos diversos, hablando sobre temas diferentes, vamos descubriendo y apropiándonos de las normas que son adecuadas para las diferentes situaciones comunicativas. Al aprender a hablar, no sólo adquirimos la gramática de una lengua (aquella que se habla en nuestro entorno lingüístico) sino que también aprendemos sus diferentes registros y la manera apropiada de usarlos según las normas de nuestra sociedad”. La competencia comunicativa nos remite así a la capacidad cultural de oyentes y hablantes reales para comprender y producir enunciados adecuados a intenciones diversas de comunicación en comunidades de habla concretas: saber qué decir, a quién, cuándo, cómo decirlo y cuándo callar. La competencia comunicativa nos remite entonces a los contextos en los cuales el educando se desenvuelve y en los cuales usa su lengua.

Fundamental, se vuelve por ello, descubrir los procesos a través de los cuales la distribución del poder se traduce en formas no equitativas de comunicación y analizar la interacción educador-educando, así como las estrategias usadas por el docente, los códigos lingüísticos empleados

por los niños y jóvenes de las distintas clases sociales y las diferencias entre el proceso de escolarización de los padres y el de los hijos.

Pierre Bourdieu reconocía que los usos sociales de la lengua deben su valor propiamente social, al hecho de que tienden a organizarse en sistemas diferentes que reproducen las diferencias sociales. Hablar es apropiarse de uno u otro de los estilos expresivos ya constituidos en y por el uso, y objetivamente caracterizados por su posición en una jerarquía de estilos que expresa la jerarquía de los correspondientes grupos. El lenguaje, para Bourdieu, es un marcador social, tanto que la superioridad de un determinado nivel de lengua es una marca fundamentalmente social y no lingüística.

Quien en el campo de la relación lengua, clase social y educación suscitó un prolongado debate fue Basil Bernstein, sobretudo con su referencia al código restringido y al código elaborado.

Código restringido, es, según Bernstein, el utilizado por las personas que tienen acceso a pocas posibilidades lingüísticas, con tendencia a los objetos más que a los conceptos, con tendencia a significados más particulares y dependientes del contexto. Código elaborado, en cambio, es el que ofrece mayores posibilidades de elección gramatical y léxica, es el que enseña la escuela pero al que tienen difícil acceso los alumnos de clases inferiores porque, al decir de Bernstein, las primeras interacciones ocurren en la familia, lo que ocasiona que la contextualización del código que reciben en la escuela, sea distinta en unos y otros niños, e incluso, opuesta.

A estas ideas se unió en Estados Unidos, por los años de los estudios de Bernstein, otra de ideología racista, que señalaba que los niños negros, genéticamente hablando, eran inferiores a los blancos en capacidad intelectual, lo cual motivó una indignación general que llevó a algunos sociolingüistas, entre los que se cuentan William Labov, a demostrar lo contrario.

Las consideraciones realizadas por Bourdieu y Bernstein nos conducen a las siguientes reflexiones que apuntan a considerar nuestra realidad, en lo que a enseñanza de lengua materna se refiere.

En la actualidad, el sistema educativo de nuestro país se encuentra imbuido en un proceso de transformación que abarca todos sus niveles: Educación Inicial, Primaria, Secundaria, Técnica y Formación Docente.

La incorporación al sistema educativo desde el nivel de cuatro años de una población socialmente desfavorecida, que no accedía a la educación preescolar, las transformaciones curriculares, la edición y distribución de textos el desarrollo de proyectos en los centros educativos, la sistematización de la evaluación de los aprendizajes, las nuevas concepciones de la gestión, las acciones emprendidas hacia la capacita-

ción y la formación docente, muestran un espectro muy amplio de acciones proyectadas al futuro, en el corto y mediano plazo, sustentadas por una visión política y sociológica de la educación entre cuyos objetivos se encuentra la consolidación de la equidad social.

Es en este contexto que cobra especial relevancia la enseñanza de la lengua materna como un posible camino abierto a la conquista de logros individuales y sociales.

Creemos que en la actualidad, constituye un verdadero desafío para el docente guiar a sus alumnos tanto en el dominio de la competencia comunicativa (la cual se revela como el motor de cambio de la enseñanza del lenguaje), como en la apropiación de la lengua estándar, quienes permitirán a estos educandos el acceso a la ciencia, a la cultura y al manejo de un código elaborado.

Muchas veces, el llamado fracaso escolar se debe, en parte, a una inadecuación entre el lenguaje usado por el docente y la posibilidad real de comprensión de dicho lenguaje por los alumnos. Otras veces, el deseo del profesor de mantenerse cercano al educando, provoca que no sepa cómo hacerlo pasar del uso coloquial o familiar al dominio de los usos estándar y culto.

El docente necesitará, entonces, si acepta el mencionado desafío, plantearse una reflexión sobre su práctica educativa, pensar modelos alternativos que a través de la teoría puedan derivarse en modelos para mejorar el trabajo en el aula, y, como señala Cavallini “adentrarse en una nueva dimensión de la enseñanza de la lengua que, partiendo de las nuevas corrientes psicológicas, lingüísticas y pedagógicas, proporcione la base científica adecuada a las necesidades del discurso didáctico y oriente a los diseños curriculares del estudio de la lengua hacia nuevas posiciones científicamente válidas”.

Los centros educativos, si aceptan el desafío de considerar la enseñanza de la lengua materna como un camino de acceso a los logros individuales y sociales, necesitarán, a través de adecuados proyectos elaborados coordinadamente por todos sus agentes, visualizar las necesidades pedagógicas de sus educandos, su realidad sociocultural, para establecer el puente que permitirá enlazar la enseñanza tradicional con las perspectivas que actualmente nos abren las ciencias del lenguaje, desde la pragmática hasta la lingüística del texto, desde la etnografía de la comunicación hasta la semiótica textual, desde la sociolingüística hasta los enfoques de la psicolingüística. No hay verdades inamovibles, a veces se defienden ciertas posturas con pasión pero cuando se estudian diferentes visiones sobre un tema, se relativiza la posición personal y se tempera la cerrazón, propiciando la reflexión y el diálogo, sin dogmatismos.

Todos los autores coinciden en que para mejorar la comunicación real hay que atender a factores no sólo de código, de lengua, sino de realidad, de uso. Los estudios sociolingüísticos nos transmiten que la homogeneidad preconizada por Saussure y seguida por Bloomfield o Chomsky era más un presupuesto metodológico de estudio de la lengua (ya que reconocían la variación), que una realidad lingüística y que lo fundamental del habla y de los usos reales y concretos de la comunicación es la variación lingüística en cada comunidad, en cada hablante. Cada grupo o segmento social tiene sus usos y variantes tan dignos de comprender y apreciar como cualquier otro. Lo que la educación ha de intentar es conocer y aceptar esas manifestaciones y a partir de ellas, abrir el abanico, proporcionando nuevas posibilidades y ofertas u opciones lingüísticas y culturales.

Si los centros educativos aceptan el desafío de enseñar la lengua materna como un vehículo de acceso al poder social, necesitarán tener en cuenta que el valor de la palabra “abre o cierra puertas” ya que las palabras, al decir de Pablo Neruda, “Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... (...) Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces...”

Y, si bien el máximo exponente de la comunicación humana es la palabra manifestada en la oralidad, actualmente potenciada por los medios audiovisuales que han complementado el uso de otros sistemas convencionales y, que cumplen, sin duda, una función social importante, la escritura sigue siendo uno de los signos determinantes de nuestra civilización. Ella continúa presente en gran parte de las actividades humanas, gozando de un prestigio y solidez que no tienen discusión. Lejos de desaparecer, ha surgido en otras formas más diversificadas y acordes con las necesidades de nuestro tiempo y su adquisición continúa considerándose imprescindible para un pleno acceso al mundo de la cultura.

Que los alumnos aprendan a escuchar, a hablar, a leer y a escribir, ha sido y sigue siendo una de las metas más importantes de la actividad educativa, conjuntamente con la reflexión consciente sobre los mecanismos de la lengua, la cual los ayudará a potenciar sus posibilidades expresivas.

El docente que acepte el reto que conlleva enseñar lengua materna necesita, además, contar con los aportes de la actual literatura de la psicología cognitiva y genética, a partir de las cuales los “errores” han cambiado de estatus, no siendo ya las marcas en rojo que señalan las carencias sino los productos laterales normales en el cumplimiento de

una tarea. Los “errores” son, entonces, claves para conocer el proceso de aprendizaje e intervenir en él, ya que ponen de manifiesto los conocimientos que el alumno posee y cómo los utiliza para comunicarse a través del lenguaje oral y escrito.

La consideración de los conocimientos previos, el favorecimiento del adecuado tratamiento del error, la “zona de desarrollo próximo” potenciada por Vigotsky, la auto y coevaluación, la evaluación de los procesos, la puesta en marcha de ambientes generadores de aprendizaje en los que se apunte, tal como señala Erick de Corte, a la resolución de problemas, a la búsqueda de estrategias heurísticas, a la metacognición y a la revisión de las producciones personales, la creación de ambientes en los que el profesor emplee adecuadas metodologías que sirvan de apoyo y andamiaje, propiciarán el crecimiento personal del alumno, la transferencia de los conocimientos y favorecerán la socialización, fenómeno éste, que implica la transformación de un ser biológico en un ser social.

Entendemos que en un sistema que apuesta fuertemente al acceso real de los educandos al uso de la lengua estándar, al dominio de la competencia comunicativa, a la formación de seres capacitados con humanismo para la realidad que nos exige la región y el mundo, este mundo colmado de desvíos donde la pesada carga del consumismo presiona y hace que cada vez más los hijos de nuestra tierra necesiten poseer la fortaleza de ser “ellos mismos”, en un sistema educativo como el nuestro que apuesta fuertemente a la capacitación de todos, y no sólo de algunos, que apuesta a los “mutantes” y no sólo a los “herederos”, hay que adentrarse con pasión en el aula y dar tiempo para pensar y para hacer, tiempo para comprender, para aprender y para compartir, tiempo para el “crecer lingüístico” que posibilite el pasaje a hablantes y escritores competentes, que posibilite el crecimiento individual y social, “no para que todos sean artistas”, como señala Gianni Rodari, “sino para que todos sean más libres”, blandiendo un lenguaje adecuado a cada situación de comunicación, a cada espacio de intervención.

IV

Finalmente, ratificando la concordancia de la vocación docente, con los mandatos estatutarios de la Academia, apuntando a proyectar en este nuevo hacer lo ya hecho y lo que aún resta por hacer en aras del adecuado uso de la lengua materna, volcaré mis esfuerzos para que la fronda se expanda y la emblemática significación de nuestro distintivo académico nos permita el desarrollo vigoroso de nuestro idioma, man-

teniéndolo vivo y útil a las generaciones que lo cultivan, conforme a su tradición y a la evolución del porvenir que se forja en perpetuo devenir...

Y procurando definir con sustancia lo expresado, cerraré este momento, con el pensamiento que el autor de **Motivos de Proteo** plasmó al finalizar su obra:

“Mientras vuela esta alma mía en el viento que remueve las hojas y conduce las voces de los hombres, (...) yo quedaré aprestándome otra alma, como el árbol otro follaje y otra cosecha la tierra de labor; porque quien no cambia de alma con los pasos del tiempo es árbol agostado, campo baldío.

Cifraré alma nueva en recogimiento y silencio (...) Y si llegada a sazón, la juzgo buena para repartirla a otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva verdad, cuál es mi nueva palabra.”

Muchas gracias.